

Utopía, reforma y revolución

*Antonio Elorza**

Creo que la distinción entre izquierda y derecha sigue siendo un punto de referencia que, como es lógico, va cambiando a lo largo de los tiempos. No es lo mismo la izquierda de los años treinta que la izquierda de ahora y, por fortuna, no es lo mismo la derecha de los años treinta que buena parte de la derecha de ahora, pues actualmente es democrática. Pero creo que sigue existiendo una divisoria, tanto en relación a las políticas internas como en relación a las políticas internacionales. Una divisoria que a veces se franquea. En los años ochenta, sobre todo, ha sido muy frecuente que partidos de izquierda, al tener que ajustar sus políticas económicas a la crisis, desarrollasen políticas de derechas hacia los sindicatos y hacia el Estado de Bienestar. Esas políticas, en unos casos, eran técnicamente inevitables y, en otros, derivaban hacia una revisión total de los fundamentos de la propia izquierda. Por otra parte, puede haber posiciones de derecha que a veces sean más abiertas. Esto significa que las fronteras entre izquierda y derecha no están absolutamente trazadas de antemano.

No obstante, creo que en política interior la izquierda sigue siendo más favorable a los asalariados, sigue estando apegada al mantenimiento del Estado de Bienestar, sigue creyendo en que es necesaria una fiscalidad fuerte para las rentas más altas y en que hay que hacer, dentro de lo que cabe, una lucha contra el incremento de la desigualdad. Defiende asimismo una política más abierta en el plano de las costumbres y más autocrítica en el plano de la conciencia histórica. Pero la izquierda no implica ya un proyecto de transformación del mundo, es una política de adaptación, de cambios graduales, bernsteiniana, si se quiere. Eso sí, con un conflicto interno fuerte en la medida en que sigue existiendo una izquierda tradicional, de signo comunista, que en países europeos como Francia, Italia o España juega un papel importante, porque todavía conserva parte del electorado y entonces oscila entre hacer de perro del hortelano, es decir, construir un gueto que en definitiva destruye el tejido de la izquierda y, en otras oca-

* Historiador. Catedrático de Pensamiento Político en la Universidad Complutense de Madrid.

siones, como sucede ahora en Francia con el Partido Comunista de Robert Hue, procede a una adaptación.

Las circunstancias son variables pero creo que la razón de la izquierda no ha disminuido, porque no se trata de cumplir la inversión propuesta en el *Manifiesto Comunista*, pero tampoco olvidar que el mundo actual es un mundo de fortísimos contrastes que se derivan de un tipo de organización y de un tipo de poder.

Entonces plantear una alternativa a esto, una alternativa –como decía en tiempos el profesor Maravall– de una izquierda de lo posible, de lo firmemente posible, sigue teniendo un papel. Creo que la gente lo ha entendido y por eso ha habido una revisión profunda de los comportamientos electorales que se han registrado en estos últimos años, cuando parecía que el mundo se iba a convertir en una granja regida por súbditos de la señora Thatcher y de Ronald Reagan.

El no representar ya un proyecto de transformación de la sociedad ha supuesto para la izquierda un enorme esfuerzo de adaptación. Es que tener un modelo o un referente a muchos les simplifica enormemente las cosas. Recuerdo la frase del joven Santiago Carrillo en los años treinta cuando decía «si os gritan '¡Alemania!', vosotros gritáis '¡Rusia!'». Es decir, era muy fácil. Recuerdo todavía a mi padre, que pertenecía a esa izquierda; él lo tenía muy claro: ahí estaba Rusia. Un extraño paraíso que se construía a golpe de gulag, pero, bueno, eso se olvidaba o se ignoraba o se explicaba, como hoy sucede con Cuba. Así se creaba una imagen mítica que era muy útil para la movilización, porque el creyente siempre funciona muy bien y el escéptico es siempre peor militante.

Por ese lado la izquierda ha perdido un referente, pero santa pérdida, porque era un profundo error. Debo decir que casi el 50% de mi esfuerzo cuando milité en el Partido Comunista de Euskadi, dentro del Partido Comunista de España, en los años 70 y hasta 1981, fue intentar demostrar, sin éxito, que había que ajustar las cuentas con esos primos. Por las mismas razones abandoné Izquierda Unida en 1988. Porque para mí, claro, el primo Ceaucescu, el primo Breznev o los primos del Partido Comunista Argentino no favorecían en nada a la izquierda. Creo que es costoso este proceso, pero la utopía ha sido demasiado costosa, y la falta de crítica hacia esa utopía también. Me parece sano encontrarse un poco desnudo cuando los vestidos han sido mal hechos.

Asimilar la madurez política de la izquierda y su conciencia de la complejidad de la sociedad a una actitud de mera adecuación a lo existente es un riesgo, evidentemente. Es el riesgo que hay que tomar y que la izquierda lo está tomando con bastante lentitud. Cuando vemos a Tony Blair man-

dando portaviones al Golfo Pérsico como en la mejor era victoriana, uno piensa que si ésa es la izquierda, es para ponerse a temblar. En España hemos tenido ese riesgo de adecuación a lo dado, se ha materializado y, finalmente, ha terminado siendo pesado para quienes lo han ejercido.

Hay cosas tremendamente claras en el terreno de las reformas, hacia el interior –como he dicho antes– pero también hacia el exterior. En el caso de las políticas respecto de los Balcanes, de Oriente Medio o en relación con México, está claro que allí la reforma es revolucionaria. Lo que no se puede pensar es en la lógica de la inversión, *the world upside-down*, que ha sido la fórmula clásica, la de Marx y la de Lenin. Esto lleva inevitablemente al desastre, porque poner todo boca abajo, el darle la vuelta a la tortilla, es lo más sencillo pero también lo más catastrófico. Ahora, está claro también que las reformas tienen que hacerse, y en especial con el Tercer Mundo y con el liderazgo de Estados Unidos. Esto va a ser duro y me parece evidente que la izquierda actual no está dando muchos pasos en esa dirección, pero es el campo de juego.

Si la izquierda es capaz en Europa de aglutinarse, de formar una euro-izquierda, que es un sueño que ya tiene 20 años, y de trazar alternativas a la política neoliberal y a ese catastrófico y suicida liderazgo de Estados Unidos, no con la esperanza de que se va a cambiar todo, sino de que se van a dibujar otras líneas de actuación, su papel estará cumplido. Un cambio de esta naturaleza es difícil. Ver en este momento al señor Solana al frente de la OTAN es todo un símbolo de lo que puede ser una izquierda acomodaticia y de lo rentable que es adoptar ese papel.

A los nacionalismos actuales, dentro del esquema izquierda-derecha, los ubicaría a cada uno en su sitio. Dentro del nacionalismo vasco hay un nacionalismo conservador, que es el del Partido Nacionalista Vasco y, aunque no lo quiera, también el de Eusko-Altartasuna, que es más populista. Luego hay un nacionalismo que se quiere izquierdista, pero que tiene un fondo más nacional-socialista que otra cosa, porque su fundador, su origen y sus categorías básicas proceden de un prenazí que se llamó Sabino Arana. Esto hay que analizarlo.

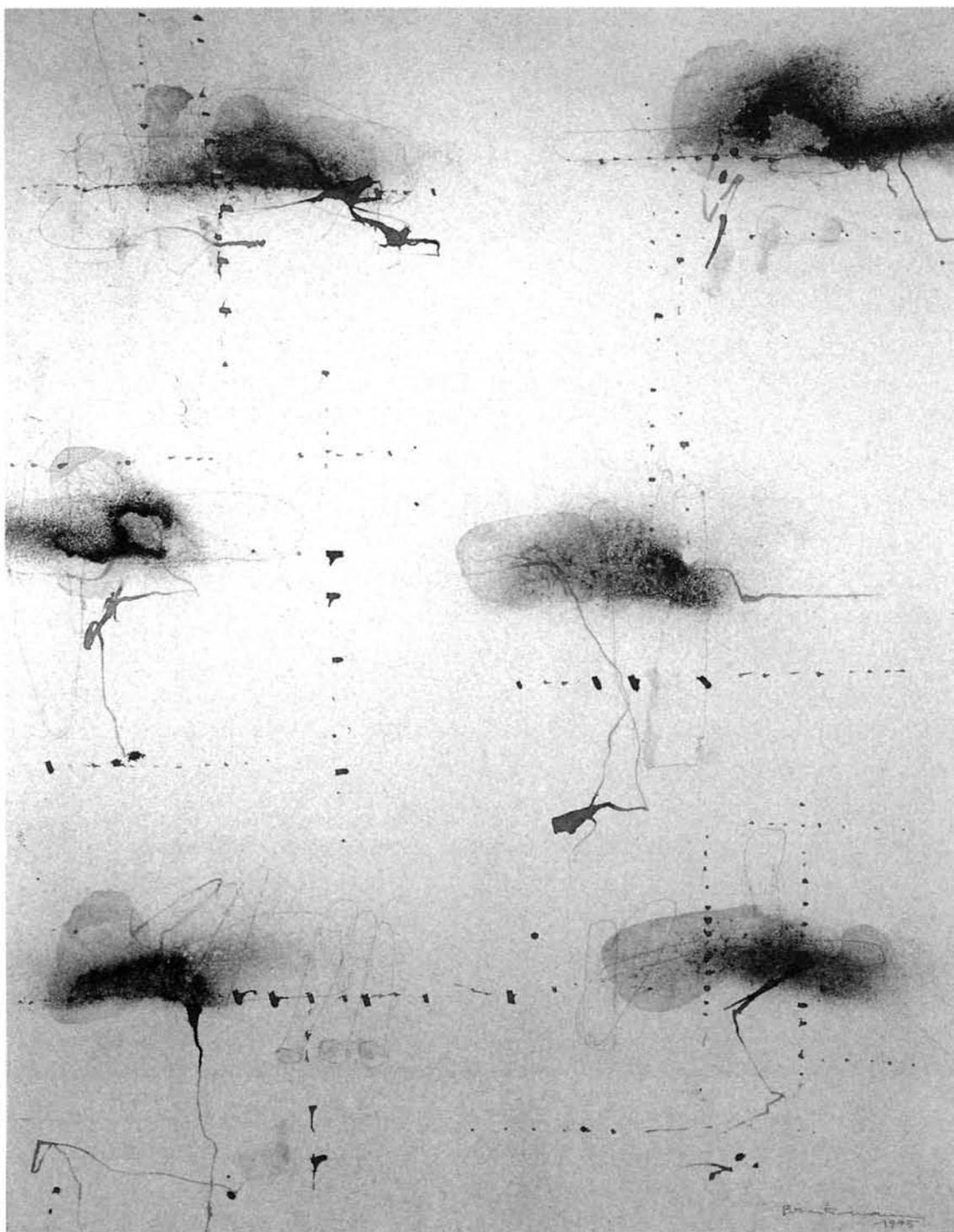
Lo que no puede hacer la izquierda es quedarse, como Vázquez Montalbán en un artículo, pensando que todo el mundo es bueno porque es de izquierda. Puede haber personas absolutamente aberrantes que llevan etiquetas de izquierdas. En esto la lección de Marx es clara: todo juicio procede de un análisis previo. Con el etiquetado te puedes colar, como le pasó a la izquierda con el Sha de Irán. Como éste era malísimo, el apoyo a Jomeini fue masivo, hasta que se dieron cuenta de a quién diablos estaban apoyando.

Esta labor es difícil porque, además, se mezcla con intereses, como pasa ahora con Cuba. Una parte de la izquierda ve en Cuba el último resto de unas señas de identidad perdidas, como una suerte de especie a proteger de la verdadera izquierda que todos soñamos en los años 60. Claro, que se mueran de hambre los cubanos gracias a la gestión de Fidel Castro parece irrelevante, y ahí está Vázquez Montalbán como figura emblemática de esa actitud. Éste sería un ejemplo paradójico de cómo esta izquierda dogmática, pero con muchos apoyos, puede converger con empresarios que disfrutan de un modo de producción esclavista en la isla. Porque el de Cuba es un socialismo muy curioso, es un socialismo para los cubanos, no para el señor Cuevas. Es, sin duda, una fórmula que Marx no previó. Y luego tiene también una carga populista adosada al turismo sexual. Éste ha sido un caso claro en el cual la izquierda se cava su propio foso y demuestra su impotencia, lo cual no quiere decir que no haya que criticar a Clinton.

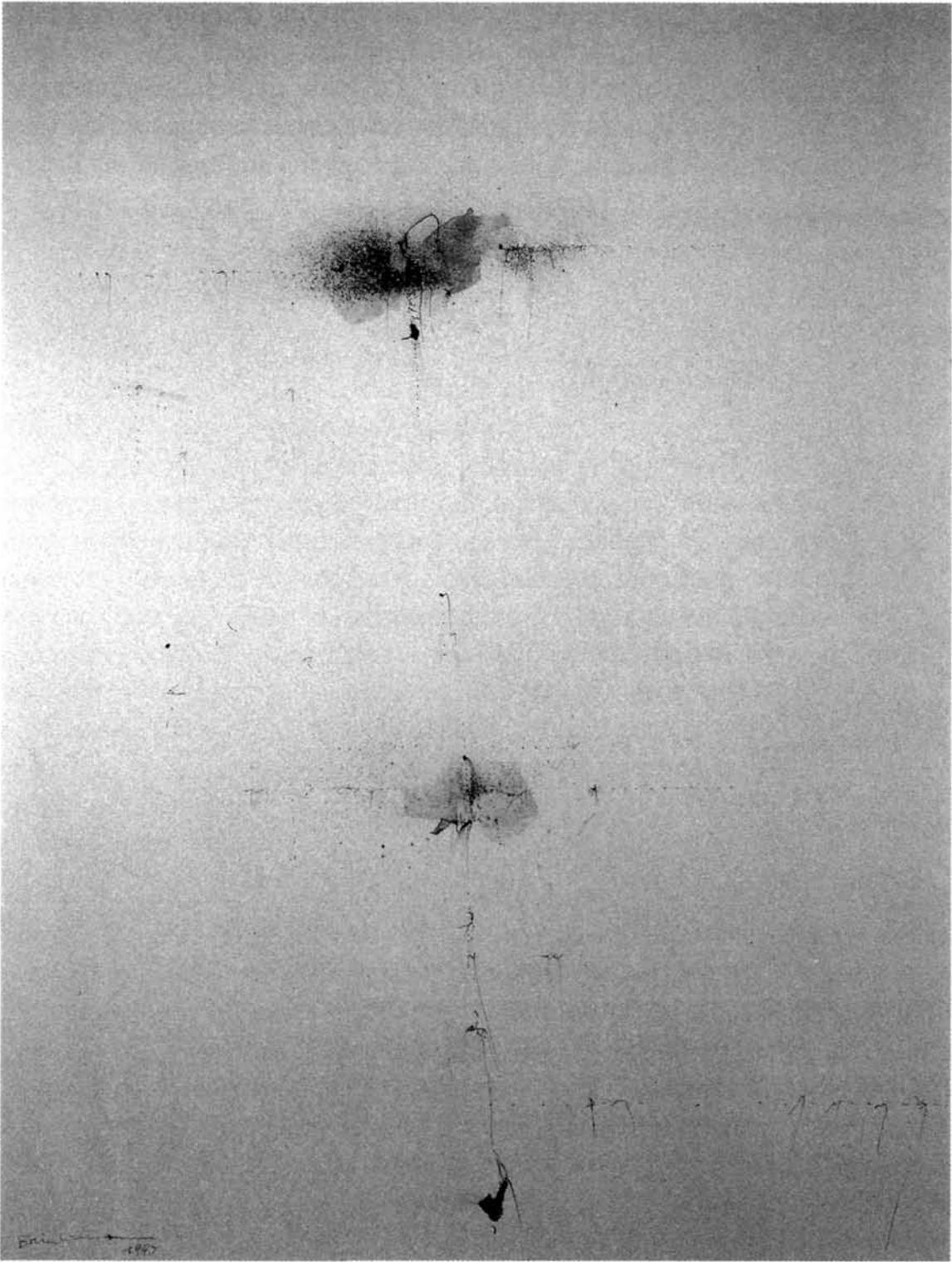
Para mí hoy el marxismo significa una metodología. Es una metodología no única, que hay que rectificar y que hay que retraducir mínimamente, pero creo que, por ejemplo, la perspectiva de totalidad en el análisis de los fenómenos sociales y económicos está ahí. ¿Cómo se articula esta totalidad? Pues está claro que el esquema de Marx no sirve, que después hubo algunos *pequeños* pensadores del tipo de Max Weber, y otros como Dahrendorff o Aron, de muy distinta significación, que han creado esquemas mucho más complejos. Entonces se puede tirar tranquilamente a la basura la relación entre infraestructura y superestructura pero, en cambio, se puede conservar el núcleo de *La ideología alemana*, pensando en que el análisis de la organización del poder en una sociedad vinculado a la distribución del producto económico es una clave para entender el funcionamiento de esa sociedad en su conjunto. Es decir, el acento puesto en la desigualdad, en los elementos que la configuran y que, a partir de ahí, determinan la estructura social y el poder político. Creo que como esquema abierto, Marx sigue siendo válido. Como fideísmo no tiene sentido.

Hay que tener en cuenta que el marxismo es una metodología que en muchos aspectos ya no funciona. Por ejemplo, hoy abrimos el periódico y tenemos noticias de la India: ¿qué clases sociales específicas representa el BJP para que se haya dado este salto hacia adelante en la agresividad nacionalista en la India? Está claro que no es un problema de relaciones de producción, aunque la crisis de unas relaciones de producción hayan influido en esa situación. El tratar de buscar una explicación simple a través de una aplicación mecánica del marxismo sería absurdo. Te tienes que meter a ver la religión, las formas de nacionalismo. Está claro que los procesos de la acción social tienen unos elementos de condicionamiento que Marx no

pudo en absoluto prever, aunque a veces en artículos de prensa los intuía, en contra de sus propias premisas. Habría que hacer esta lectura de Marx contra Marx. Pero claro, cualquier posición fideísta es metodológicamente estéril. Sin embargo, la negación de Marx sería como la negación de Max Weber, no tiene sentido.



Sin título. Acuarelas líquidas y pigmentos (1995)



Sin título. Acuarelas líquidas y pigmentos (1995)